

El *Cantar de Mosiur Chanfarron*; circunstancia y sentido (Comentarios a una página de Garibay)

JESÚS-ANTONIO CID
(Seminario Menéndez Pidal) Univ. Complutense

Abstract

A short Basque song documented from the 16th century commemorates the death and burial, in Irún, of a French military commander. This article specifies the dates and circumstances of the historical episode in question and examines possible changes in the song's intended meaning as expressed in its several variants. The ultimate objective of this study is to relate the brief poetic fragment to coeval historical texts. Moreover, the complementary information provided by these historiographic sources (especially the chronicles of Esteban de Garibay) supplies the key that unlocks the song's true meaning. That meaning, it is argued here, can only be that of an ironic, defamatory epitaph.

Acaso sea excesivo calificar de “cantar” un pareado que documentan el bachiller Zaldibia, Isasti e Iztueta, desde fines del s. XVI al XIX. Tampoco nos hallamos ante un texto demasiado notable por su calidad estética ni por su interés lingüístico. Pero no cabe duda de la autenticidad noticiera de los versos, compuestos en fecha inmediata a un suceso que hubo de alcanzar considerable notoriedad en Guipúzcoa. Las variantes que afectan al segundo de los versos podrían testimoniar una amplia difusión y remitir, incluso, a versiones divergentes que circularon ya a poco de divulgarse:

*Mosiur Chanfarron, jaun andia,
Irun calean daza illa
(Irungo calean datza illa)
(Irun Urazzun daza illa)
(Irun Aranzun datza illic ezarria)*

La variante última, sin embargo, recogida en fecha muy tardía, es muy probable, como ya lo hizo observar Michelena, que se trate de una “amplificación retórica del cantar antiguo”, debida acaso a la minerva de Iztueta.

En traducción muy libre pero sin interpretar, acaso, más de la cuenta, podría verse en su versión primera por algo similar a:

*Monsieur de Chanfarron,
aquese gran señor (que dizque es gran señor)
dentro en Irún yace muerto
[¡y es dolor! ¡diréis que es gran dolor! ¡mirad si es gran dolor!]*

Respecto a la fecha y circunstancias en que se compuso este breve “epitafio” poético, Michelena se guió, al integrarlo en la colección de *Textos arcaicos vascos* entre ítems de 1536 y 1539-1564,¹ por las indicaciones de Martínez de Zaldibia:

También parece semejante a lo arriba ya dicho [*El desafío de “un hijo del solar de Amezqueta” al Señor de Urrubia*] lo que el año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro acaeció a Mosiur Chanfarron, francés, que era valiente caballero; el cual vino a los juncales de entre Fuenterrabía e Irún Urazu a pedir campo de persona a persona por probar su valentía, y salióle en iguales armas el capitán Juan Pérez de Azcue, natural de Fuenterrabía, y habiendo peleado ambos muy al cabo, Juan Pérez de Azcue le venció y cortó la cabeza; de donde quedó el cantar vascongado: Mosiur Chanfarron, jaun andia, Irun calean daza illa.²

No había, sin embargo, en 1544 hostilidades declaradas entre España y Francia que afectasen al País Vasco. Por otra parte, no queda aclarada en el texto de Zaldibia la razón de ser del desafío campal entre el caballero francés y el capitán Pérez de Azcue, a no ser que se entienda como puro y simple combate individual a la manera de los “passos honrosos” medievales.

En realidad, el suceso (y, por consiguiente, la composición de los versos) tuvo lugar más de veinte años antes de la fecha consignada por Zaldibia, y existe un relato bien circunstanciado de la muerte de Chanfarron que permite explicar el interés de los guipuzcoanos del XVI en la suerte del soldado francés. El relato figura en obra tan poco recóndita como es el *Compendio historial* de Garibay, utilizado en otros casos como fuente por el propio Michelena, aunque se comprende que escapara a su atención dado que Garibay, gran colector de fragmentos de antigua poesía vasca, no consignó en esta ocasión los versos recogidos por su coetáneo Zaldibia. Sin embargo, la fecha correcta, 1522, había sido ya fijada por Juan Carlos de Guerra, al publicar los versos junto con un resumen —no muy exacto— del texto de Garibay.³ Dado que Guerra no informaba de las fuentes utilizadas, es lógico que Michelena se atuviera a

(1) L. Michelena, *Textos arcaicos vascos* (Madrid: Minotauro, 1964), 105-106; reed. facs. junto con trabajos complementarios de I. Sarasola y J. A. Lakarra (S. Sebastián: Diputación Foral / Univ. del País Vasco, 1990). De simple errata debe tratarse que Michelena escriba que Zaldibia “refiere el suceso al año 1545”, en contradicción con el explícito “mil quinientos y cuarenta y cuatro” del bachiller. El cantar de M. Chanfarron (3.1.16) va precedido en la ordenación cronológica de Michelena por el “Cantar de Perucho” (3.1.15) documentado en la *Tercera parte de la Celestina* (1536) de Gaspar Gómez, y seguido (3.1.17) de la “alocución” rimada de los hidalgos de Soravilla a Carlos V. Aunque no se indica en TAV la fecha de la anécdota, J. C. de Guerra la había fijado en 1539; se edita a continuación (3.1.18) un poema, de tono culto y ciertamente detestable, con el título de “elegía de Juan de Amendux”, fechado en 1564.

(2) J. Martínez de Zaldibia, *Suma de las cosas cantábricas y guipuzcoanas*, ed. F. Arocena (S. Sebastián: Diputación, 1946), 75 [Pero cf. infra, nota 9].

(3) J. C. de Guerra, *Los cantares antiguos del euskera* (S. Sebastián: Martín y Mena, 1924), 91-92.

la cronología de Zaldibia, aunque no sea este el único caso donde el bachiller merece escaso crédito.

Por contra, el relato del *Compendio historial*, además de excepcionalmente animado (para lo que suele ser la no muy hábil prosa de Garibay), está repleto de referencias temporales, precisiones geográficas y detalles anecdóticos. La narración de Garibay, por otra parte, obliga a rectificar algunas de las observaciones de Zaldibia, fantaseadas a posteriori, y precisa con exactitud las circunstancias en que hubieron de originarse los versos. Pero es, ante todo, el interés en sí mismo del relato de Garibay lo que hace que bien merezca ser reproducido por extenso.

A raíz de la toma de Fuenterrabía por los franceses en octubre de 1521, tuvieron lugar en los meses siguientes varios movimientos militares y acciones de armas en las que los naturales hostigaban a la guarnición francesa. Según relata Garibay,

En este año de veynte y dos se hallava por Capitán governador de la villa de Fuenterravía mosiur de Luda [...], el cual siendo de tal manera infestado de las gentes de la tierra, que hasta a los soldados que haziendo guardia tenía le matavan en las garitas, y padeciendo otros trabajos e inquietudes continuas, pidió al Rey de Francia nuevas gentes de guarnición, o que proveyesse de otro Capitán y Governador para la tenencia y guarda de aquella fuerça, que a grande diligencia de día en día fortalecían más.

Con esto el Rey de Francia, por los respetos que le parecieron, embió en su lugar a un animoso Capitán, de nación Gascón, llamado Mosiur de Chanfarron, soldado viejo, hijo de un fraile, dándole mil hombres gascones de su nación, con los cuales por el mes de Noviembre deste año partió de Bayona, donde durante estas guerras estava siempre por Governador Mosiur de Lautrec, ya nombrado.

En el día siguiente que Mosiur de Chanfarron entró con estas gentes en Fuenterravía, que fue un día Domingo, preguntando a Mosiur de Luda, mirando al pueblo de Yrún, si aquel era el lugar de donde tantas molestias y daños recibían cada día los franceses de Fuenterravía; como él le respondiesse que sí, afirmándole que era gente de capote de sayal, que casi traían hábito pastoril, y que a los principios nunca se mostravan en las escaramuças sino dos o tres, pero que después se juntavan en breve espacio a centenares y hazían cosas muy señaladas, replicó Mosiur de Chanfarron, afirmando con juramento que otro día siguiente él quemaría al pueblo. Mosiur de Luda, por no mostrar alguna pusilanimidad, respondiéndole que si tal era su voluntad él le ayudaría, le advirtió que mirasse bien lo que emprendía, porque no conocía bien aquella gente. Pero Mosiur de Chanfarron, no estimando a los enemigos en el grado que era razón, salió otro día Lunes del dicho mes con sus mil hombres a las diez horas antes de medio día por la parte de la ribera, por donde agora está el camino Real, para Yrún; y Mosiur de Luda echó con quinientos hombres por la parte de la montaña, por donde a la sazón era el camino Real.

A esta hora, el Capitán Juan Pérez de Azcue con seis soldados de la tierra estava atalayando detrás de la casa de Mendelo, que de Fuenterravía está a distancia de tres tiros de arcabuz, deseando como otras vezes hazer alguna presa de los franceses. A los cuales viendo salir por aquella orden, y recelando de su desegno, embió al instante a mucha diligencia a un mensajero [a] apellidar las gentes de Yrún, donde se hallava Ruy Díaz de Rojas con veinte y cuatro cavallos ginetes, y a hazer lo mesmo en Ojarçun, donde estava el Capitán Ambulodi, y no menos a la Rentería, a la defensa de la tierra y ofensa del enemigo.

Mosiur de Chanfarron, ordenando el escuadrón, se puso el primero en la avanguardia de su gente, y comenzó a caminar la vuelta de Yrún en orden militar, trayendo su pica en el hombro; y llegado a la ribera del río Amute, que poco más abaxo entra en Vidaso, halló al Capitán Azcue de la otra parte de la ribera con sus seys compañeros. A los quales Chanfarron en alta voz preguntó si había entre ellos algún gentil hombre, que es lo mesmo que Español hidalgo, que con él quisiese combatir de pica. Respondióle el Capitán Azcue que sí había; no sólo a pica pero si quisiese a lança y rodela, y aun a montante, a lo que él más diestro y desseoso se hallasse él le combatería.

Entonces, siendo preguntado por Mosiur de Chanfarron quién era él, como le replicasse ser el Capitán Juan Pérez de Azcue, dixo Chanfarron que passase a la otra parte del río, y combatirían; siendo su intención de combatir con pica, o por ventura prenderle. Fue el Capitán Azcue más avisado que Mosiur de Chanfarron, al cual diziendo que él passasse a esta otra parte, pues tenía tanta gente y él se hallava con sólo seis compañeros, y le dava palabra de hidalgo que sólo él combatiría con su persona, y sería de los otros muy seguro, le entretuvo tan largos espacios en las respuestas y réplicas de las razones que sobre esto discutieron que toda la tierra de Yrún tuvo lugar de poderse juntar.

Desto sucedió el daño y perdición de Mosiur de Chanfarron, porque en este medio llegó Ruy Díaz de Rojas con sus veinte y cuatro ginetes, y passando el vado de Amute con las gentes de la tierra que le seguían, fue tanto el espanto de Mosiur de Chanfarron, y mucho mayor el de sus Gascones, que avían oído la fama del valor de sus gentes, que sin esperar a mucho ruido de romper lanças y picas, no pudiendo a los primeros encuentros sufrir la furia de la gente de la tierra y de los de Ojarçun y Rentería, que ya a grande diligencia habían llegado, comenzaron a huir a mayor priessa de la que habían traído.

El capitán Azcue, aviendo tenido ojo a Mosiur de Chanfarron, le siguió; y caminando en el alcance le dio con la espada tal herida en el hombro izquierdo que le abrió el cuerpo hasta la anca, y luego, casi muerto, cayó en el lodo; pero sin curar más dél, pasó adelante en el seguimiento de la vitoria, haziendo mucha carnicería en los franceses.

Cuando Mosiur de Luda conoció ser perdidas las gentes de Chanfarron y vio la cosa tan mal parada, bolvió con sus gentes a Fuenterravía a guardar la fuerza. Y a los de Mosiur de Chanfarron siguieron los vencedores hasta las murallas de Fuenterravía. Cuyos franceses, por temor que a bueltas de los suyos no entrasen los enemigos y se apoderassen de la fuerza, cerraron las puertas, continuando el disparar de la artillería, que desde el principio de la rotura de los suyos habían comenzado a tirar, desseando hazer retirar a los vencedores, en quienes ningún daño acertó a hazer.

Fueron muertos en este reencuentro y batalla más de trezientos franceses y presos más de quatrocientos, con los cuales y con su Capitán Chanfarron bolvieron estos hidalgos triunfantes a Yrún al poner del Sol, dexando a los franceses de Fuenterravía muy quebrantados con tal daño, resultado de sobervia.

Venía Mosiur de Chanfarron mortalmente herido, y assí falleció en el día siguiente, Martes, al romper del día; y luego con mucha honra fue enterrado solenemente en el cimiterio de la Iglesia parroquial del mesmo pueblo.⁴

Como historiador, Garibay fue objeto en el pasado de acerbas descalificaciones

(4) Esteban de Garibay y Zamalloa, *Los XL libros del Compendio historial de las Chronicas y Universal Historia de todos los Reynos de España* (Amberes: Ch. Plantino, 1571), Libro xxx, cap. xi. Sigo la ed. de Barcelona: S. de Cormellas, 1628, vol. III, pp. 535-537.

críticas, por parte, incluso, de quienes más se aprovecharon de él. Varias de esas censuras se han demostrado injustificadas, e injustas, y debidas más bien a intereses historiográficos contrapuestos a los del guipuzcoano, o a pura y simple ligereza. Quienes han estudiado su obra más a fondo han procedido a una reivindicación que pone de relieve lo mucho que hay de valioso en la obra de Garibay. Así, Georges Cirot muestra lo acertado y novedoso de su modelo historiográfico, al organizar el *Compendio*,⁵ y, sobre todo, Julio Caro Baroja ha dedicado un espléndido libro al cronista, en el que, entre otros méritos, se destacan su laboriosidad y sensatez, junto al valor de los abundantes materiales de primera mano que Garibay puso a contribución,⁶ Cuestión distinta es que Garibay, como hijo de su tiempo (el de Felipe II) participe de esquemas mentales y concepciones que no son, evidentemente, las de un historiador moderno. Esto último no redundará siempre, dicho sea de paso, en desfavor del cronista guipuzcoano, y creo que Caro Baroja extrapola con justa causa al equiparar, en párrafos muy suyos, las censuras que recibió Garibay, en lo que tienen de mezquindad o ligereza, con lo que ha llegado a ser moneda corriente en la crítica académica contemporánea.⁷

Lo cierto es que incluso en las horas bajas del prestigio de Garibay se reconoció el valor excepcional del tercer volumen del *Compendio*, dedicado a la historia de Navarra, en el que se incluyen las luchas contra Francia en la frontera de Guipúzcoa a principios del siglo XVI. Garibay realizó ahí un verdadero trabajo crítico en cuanto a las fuentes de la historia antigua del viejo reino, trabajo que le supuso hacer dos viajes a Navarra, en 1565 y 1566, para investigar sobre el terreno.⁸ Pero —y es lo que ahora más nos interesa—, sus investigaciones no se limitaron a la labor de archivo. Los últimos libros del volumen, dedicados al final de la dinastía de Labrit y los sucesos posteriores, muestran que Garibay recurrió a la “encuesta directa” entre supervivientes que habían sido testigos presenciales de varios de los hechos narrados. Estos libros (el XXIX y el XXX) transmiten una sensación de inmediatez que cual-

(5) G. Cirot, “Le *Compendio historial* de Garibay”, *BHi*, xxxiv (1932), 223-234; xxxv (1933), 337-356; xxxvii (1935), 149-158.

(6) J. Caro Baroja, *Los vascos y la historia a través de Garibay (Ensayo de biografía antropológica)* (San Sebastián: Txertoa, 1972).

(7) A mero título de excursu, y aún a riesgo de desviarnos en exceso de nuestro tema, no resisto la tentación de recordar algún pasaje en el que, naturalmente, nadie se ha sentido ni se sentirá aludido: “Resumir el contenido de su obra [de Garibay] con cuatro palabrejas como las citadas en el prólogo [Hoy día algunos manuales de literatura española lo despachan con unas cuantas palabras, y, de éstas, cuatro sirven para proclamar que «carecía de sentido crítico»] u otras similares, es cosa que puede permitirse a los autores de «historias críticas» y de artículos de enciclopedia. Así empieza a estar donde está la crítica. A fuerza de epítomes, quinta esencias, juicios estereotipados y pareceres de mandarines intelectuales, rodeados de pequeños acólitos, la función crítica ha dejado de existir como tal. Porque costará en lo futuro demostrar a mucha gente mal acostumbrada que esta función nada tiene que ver con la interesada tendencia a *criticar* por razones personales, ni con el gusto hispánico, gerundiano, por el varapalo, dado por intereses de grupo, ni con ninguna de las pequeñas actividades hoy corrientes. Esto de que basta con estudiar manuales para opinar se puede creer en alguna tierra de garbanzos y en algunos medios: pero la creencia es producto de miseria mental. [...] Hay formas antiguas de engañar. También las hay modernas. Una de las más extendidas hoy en nuestro país es la de dar como resultado de una labor objetiva lo que ya estaba preconcebido en nuestra mente antes de llevarla a cabo. Para ello se usa del aparato crítico. Muchas veces éste tiene más de aparato que de otra cosa; y si se quiere, de aparato ortopédico”, J. Caro Baroja, *Los vascos y la historia...*, 359-360.

(8) Cf. los elogios tributados a Garibay por historiadores antiguos de primer orden como Argote de Molina y Ambrosio de Morales, mencionados por J. Caro Baroja, ob. cit., pp. 197-198.

quier lector puede percibir. Incluso estilísticamente, la escritura de Garibay deja a veces de ser tan “lourde, longue et plate” como definía Cirot. Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que Garibay había concluido la redacción de su obra ya en 1566 y que para él los sucesos del siglo XVI eran historia reciente.

De la utilización de testimonios orales y de exploraciones oculares en algunos escenarios hay abundantes muestras:

Así, respecto a la personalidad poco “majestuosa” del último rey navarro: “Yo he comunicado con hombres ancianos de Guipúzcoa, que idos a su corte [de Juan de Labrit] con negocios desta Provincia, le hallaron dançando con las donzellas en el Chapitel de Pamplona...” (Lib. XXIX, cap. 21).

Sobre la muerte de Cesar Borgia en Viana, 1507: “En esta sazón, refiérese por tradición que...”; “Embiando la mesma noche tenebrosa alguna cavallería, que algunos dizen ser de sesenta de a cavallo...” (Lib. XXIX, cap. 21); Garibay aludirá incluso a testimonios divergentes: “Con ser estas cosas y muerte del Duque Valentin tan frescas que hay muchos hombres ancianos que de todo ello se acuerdan, se halla tanta variedad de diferentes relaciones que es de confusión grande; pero en lo pasado y en lo que resta voy notando lo que más cierto y auténtico me ha parecido, por lo cual cuando los lectores oyeren algunas cosas referir, por ventura algo diferentes, no se maravillen, que lo mesmo ha sucedido a mí”.

Sobre la huida del rey, en 1512: “[Don Juan] se resolvió en la ida diziendo, según por tradición platican algunas gentes, que más quería vivir en montes y sierras que ser preso en sus tierras”; “He oído referir de personas antiguas que alcançando [la reina] al Rey, le dixo con angustioso corazón...” (Lib. XXIX, cap. 26).

Respecto a sucesos de 1516: “Dizen por tradición que el Cardenal [Cisneros] fue de parecer que no sólo se debían derribar y echar por el suelo las fortalezas y murallas, mas asolar a todo...”; “El rey don Juan [...] falleció en este presente año en diez y siete de Junio, día Martes, a hora de Vísperas en el castillo de Esgarrabaca y otros dizen en Muñén” (Lib. XXX, cap. 2).

Sobre la disputa surgida en torno a quién rindió al general Sparroso, en 1521, Garibay acude a la fuente más directa: “Fue herido con una maza en la frente por un hombre de armas de la compañía del Conde de Alba de Liste, y, corriéndole sangre, se rindió, unos dizen, al mesmo hombre de armas, y otros a don Francés de Beaumonte. Con quien tratando yo en Pamplona esta dificultad, me certifié a ley de caballero habérsele a él rendido” (Lib. XXX, cap. 6). Sobre la misma batalla de Noain: “De manera que por testimonio de muchos nobles caballeros y hijosdalgo, que en esta batalla se hallaron [...] consta haber hecho lo que debían...” [Ibid.].

Ya en los preliminares de la pérdida de Fuenterrabía: “Oído he afirmar a un hidalgo anciano, persona de mucha autoridad, que a esta demanda respondieron los Virreyes...” (Lib. XXX, cap. 7); “Diego de Vera, viendo la estrema necesidad, y según algunas personas fidedignas, que dentro se hallaron me han certificado, respondiéndome que por salvar a ellos de muerte [...] lo hacía” [Ibid.]; “Aunque visto he autores que en lugar de escribir siete banderas [...] escriben ser cinco mil alemanes, recibiendo engaño, porque andando en persona, informándome de estas cosas en las partes mesmas donde sucedieron, he sido certificado de la realidad de la verdad” (Lib. XXX, cap. 9); “Había otro capitán, llamado Lope de Yrigoen,

natural del mismo pueblo de Yrún, hombre muy valiente y determinado, a quien yo bien conocí [Ibid.].

Las citas tal vez sean excesivas, pero me interesaba confirmar plenamente la autoridad del relato de Garibay sobre la muerte de Chanfarron, y no sólo en lo que respecta a su cronología, por lo que más adelante veremos. El historiador de Mondragón no destaca precisamente por sus dotes imaginativas, e incluso cuando acumula detalles nimios hemos de concederle que si los consigna es porque se ha “certificado de la realidad de la verdad” y, también, porque su calidad de hechos historiables no le ofrecía ninguna duda.

Muy distinto es el caso del bachiller Zaldibia. Su obra es un centón de curiosidades, sin ilación narrativa ni cronológica, y sin otro elemento unificador que la finalidad apologética y la exaltación de los guipuzcoanos y su tierra. Incluso al tratar de sucesos recientes, no siempre da su fechación, y tanto su forma de agrupar los hechos históricos como la separación de capítulos responden a una búsqueda de afinidades temáticas o de sentido en los hechos relatados, con independencia del momento en que se produjeran. Ningún valor, pues, tiene la fecha de 1544 que se atribuye en su obra a la muerte de Chanfarron. Más que en un error del cronista creo, incluso, que habría de pensarse en simple fallo en la transmisión textual. De la *Suma* de Zaldibia no se ha conservado el original, y las copias de los siglos XVII y XVIII no parecen ofrecer gran fiabilidad. Añádase a ello que al tratar en un capítulo anterior de otros combates que tuvieron lugar en fecha inmediata y en el mismo lugar, la *Suma* de Zaldibia consigna correctamente la fecha de 1522.⁹

Más importante que el posible error cronológico es el falseamiento que en el texto de Zaldibia se hace de las circunstancias y, sobre todo, del significado de la muerte de Monsieur Chanfarron. Para Zaldibia se trata de presentar tres casos simétricos de desafíos, “persona por persona”, en los que un guipuzcoano (Amezqueta / Pérez de

(9) J. Martínez de Zaldibia, *Suma de las cosas cantábricas...*, cap. xv, “De la batallas que los guipuzcoanos con alemanes y franceses en Irún Uranzu hubieron”, ed. cit., p. 53. [Puedo confirmar ahora, después de redactado este trabajo, que la fecha que consignan los Mss. utilizados por F. Arocena en su edición de la obra de Zaldibia es, en efecto, un simple error de copia. Arocena mencionaba (p. xxviii) entre los textos conservados de la *Suma* un Ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid del que daba ya noticia Allende-Salazar en su *Biblioteca del Bascófilo*. Ese manuscrito, que Arocena no parece haber podido localizar y que no utilizó en su edición, es el que actualmente lleva la signatura 7.556 (Olim, G, 101 y T, 407). A mi juicio su letra es claramente del s. xvi, pese a que en el *Inventario general de Manuscritos de la Biblioteca Nacional* (vol. xii, p. 122) se afirma que es del xvii. En cualquier caso, se trata del texto más antiguo entre los que se conocen, y que, a juzgar por un rápido cotejo, debería ser tomado como base en cualquier futura edición de la *Suma* de Zaldibia. Sus lecturas, en efecto, me parecen preferibles en muchos casos, y obligarían, por ejemplo, a reformular la edición y comentario de los otros fragmentos euskéricos (Cantar de Beotibar, Cantar de Juan de Lazcano) incluidos en *Textos arcaicos vascos*. De ello nos ocuparemos en otro lugar. En cuanto a la muerte de Chanfarron, el Ms. da la fecha de 1524, que aun sin ser exacta se aproxima mucho a la realidad. Creo oportuno reproducir completo el episodio según el texto del manuscrito por ofrecer lecturas divergentes y preferibles respecto a las del publicado por Arocena:

“También parece cosa semejante a lo arriba ya dicho lo que el año de 1524 *acaesció con Musiur Chanfarron*, francés, que era valiente cavallero; el cual vino a los juncales de entre Fuenterrabía y *Oyarçun* a pedir campo de persona a persona por probar su valentía, y salióle con *armas iguales* el capitán Juan Pérez de Asque, natural de Fuenterrabía, y habiendo peleado ambos muy al cabo, Juan Pérez de Asque le venció y cortó la cabeza; de donde quedó el cantar vascongado:

Musiur Chanfarron, jaun andia,
Yrun calean daça ylla”].

Azcue / Pedro de Tolosa) se enfrenta en combate campal a un campeón francés (el señor de Urtubia / Mr. Chanfarron / un caballero de Juan de Labrit). Indefectiblemente, los tres desafíos acaban con la victoria del guipuzcoano, que acto seguido corta como trofeo la cabeza del vencido (“le venció y mató y llevó su cabeza a la esposa en arras” / “le venció y cortó la cabeza, de donde quedó el cantar...” / “le venció y cortó la cabeza, de que pesó a los franceses”). Con ello, el bachiller deja en muy buen lugar el valor personal de sus paisanos, pero ha despojado de cualquier significación colectiva a la batalla de Azcue con Chanfarron, en la que no se trataba simplemente de “probar la valentía” individual de los contendientes. Es más, el deseo de presentar los tres episodios como reiteración de un mismo suceso arquetípico le hace a Zaldibia imaginar, en el que ocupa el lugar central del tríptico, una decapitación que no figura en absoluto en el “cantar vascongado” aducido como prueba, y que es desmentida por Garibay en su mucho más circunstanciado y fidedigno relato. Como leíamos antes, Pérez de Azcue tras perseguir a Chanfarron, “le dio con la espada tal herida en el hombro izquierdo que le abrió el cuerpo hasta la anca”, pero el capitán francés no muere en ese momento, y todavía pudo ser llevado a Irún vivo y, claro está, con su cabeza sobre los hombros.

Gracias a Garibay queda claro, sobre todo, que no se produjo en modo alguno un combate individual en el que Azcue y Chanfarron lidiaran “persona a persona”. La habilidad del capitán de los “naturales” consistió, precisamente, en dilatar el combate y dar tiempo a que llegasen los hombres de armas de Irún, Oyarzun y Rentería, mientras entretiene al francés con discusiones sobre los detalles “técnicos” del desafío. Una vez que llegan los refuerzos que Azcue esperaba, se produce la desbandada de los mil hombres de Chanfarron, y es en el contexto de esa fuga general, en el que el capitán guipuzcoano, que había “tenido ojo” al francés, le persigue y hiere mortalmente. Para Azcue no se trataba de dilucidar una mera cuestión de valentía personal, y así se trasluce meridianamente en lo que hace acto seguido, es decir, despreocuparse de Chanfarron (“sin curar más dél”), a quien deja “en el lodo”, y proseguir el alcance “en el seguimiento de la victoria”. Como jefe militar, su objetivo es debilitar al enemigo genérico, impersonal, “haciendo mucha carnicería en los franceses”, y no solventar una lid “de persona a persona”, como se complacía en decirlo Zaldibia.

A mi juicio, el relato de Garibay permite restituir al breve fragmento cantado, que él no recogió, un significado mucho más complejo del que pudiera parecer a primera vista, a condición de integrarlo dentro de un contexto más amplio, en el que los versos son simplemente el último acto de una historia que contrapone modelos “ejemplares” opuestos.

El relato plantea un universo semántico excepcionalmente rico en isotopías que lo recorren desde el principio al desenlace y que podrían agruparse en distintas series de oposiciones. Alguna de ellas ya ha quedado apuntada más arriba, pero creo posible intentar un análisis global que no incurra en excesivo formalismo y permita apreciar la sorprendentemente rigurosa articulación que ofrece el texto del historiador guipuzcoano. Al situarnos, en última instancia, frente a unos distintos modelos de conducta humana, el texto toma partido por los que al autor le parecen más “correctos” y se hace una reflexión tanto sobre el “hacer” como sobre el “ser” de sus *dramatis*

personae; la marca distintiva básica que define las conductas adecuadas o inadecuadas será, claro está, el éxito o el fracaso final en los objetivos que cada uno de ellos se proponía.

1. Hidalguía aparente y falsa vs. Hidalguía “oculta” y real

El polo negativo de la dicotomía es, naturalmente, el representado por Chanfarron. Su entrada en escena es una mirada despectiva de arriba abajo (también ‘topográficamente’), desde Fuenterrabía a Irún, sin que parezca dar crédito a que una “gente de capote de sayal” y que “casi traían hábito pastoril” pudiera oponerse a la fuerza de los franceses y hacerles “tantas molestias”. Es inútil que el gobernador Monsieur de Luda le advierta que esas mismas gentes “hazían cosas muy señaladas”; Chanfarron anuncia su propósito de incendiar Irún al “día siguiente”, y se compromete a ello con “juramento”, es decir empeñando su palabra de gentilhomme francés; acto seguido vuelve a desoír el aviso de que “mirasse bien lo que emprendía, porque no conocía bien aquella gente”.

Al ver a Pérez de Azcue y sus compañeros en la otra orilla del Amute, Chanfarron pregunta “si había entre ellos algún gentil hombre”, que, según acota Garibay, “es lo mismo que español hidalgo”. La forma de la pregunta lleva implícita una presuposición negativa: para Chanfarron los enemigos, de capote de sayal, son plebeyos necesariamente y su interrogación “en alta voz” equivale, otra vez, a un desplante despectivo. Sólo cuando Azcue le informa de su grado militar de capitán, Chanfarron tomará en serio su respuesta de que sí había”, y se las veía con un hidalgo entre sus oponentes, y seguirá adelante con las formalidades del desafío.

Monsieur de Chanfarron parece rebosar hidalguía por todas partes: desprecia como por esencia inferiores a sus rústicos enemigos, hace mayestáticos juramentos, y adelanta desafíos, si por ventura existiera quien pueda medirse con él. Su calidad de gentilhomme está, sin embargo, desmentida reiteradamente por sus propias acciones. Garibay lo describe caminando con la pica al hombro, arma insólita para quien mandaba una fuerza de mil hombres, es decir lo equivalente a un tercio español, o regimiento. Cuando propone el desafío, pretende de antemano elegir él las armas, y decide que se ha de combatir a pica; tendrá que ser Azcue quien proponga armas más “nobles”, como la lanza o el montante, aunque “hidalgamente” cederá a su enemigo la ventaja de utilizar las que éste prefiera y en las que se halle “más diestro”. Chanfarron, por su parte, no renuncia a ninguna ventaja; pese a estar acompañado de todo un ejército pretende que sea Azcue quien acuda a su terreno, a la otra orilla del río, sin darle ninguna garantía porque, como advierte Garibay, su intención era en el mejor de los casos “combatir con pica”, la única arma con la que se siente seguro; o, peor aún, hacer prisionero a traición al guipuzcoano. Nuevamente, Azcue sabe dar la justa réplica, comprometiéndose con “palabra de hidalgo” a “que sólo él combatiría con su persona y sería de los otros muy seguro”. Poco nos importa que se trate en el fondo de una añagaza para ganar tiempo. El caso es que ni siquiera fictivamente Chanfarron está a la altura del capitán, y que su calidad de gentilhomme resulta ser pura fachada. Así se revelará finalmente cuando acuden los refuerzos que esperaba Azcue, y Chanfarron, víctima del “espanto”, emprende la fuga con los suyos “a mayor

priessa de la que habían traído". La huida es deshonrosa en grado máximo, puesto que Chanfarron y sus gascones la inician "sin esperar a mucho ruido de romper lanzas y picas".

Pero no se trata sólo de que las acciones desmientan lo que Chanfarron pretendía ser. En realidad el propio "ser" (ser 'gentilhombre') estaba ya negado desde el principio, es decir desde que Garibay al presentarnos al francés nos informa, sin hacer comentario ninguno, de que además de ser gascón, "animoso" y "soldado viejo", Chanfarron era "hijo de un fraile". Para sus contemporáneos de la España del XVI, y con mayor razón para tan empecatado y riguroso genealogista como Garibay, no podía existir mayor causa de incompatibilidad con la hidalguía, o la 'gentil-homerie'.

Por su parte, los que acosan a la guarnición francesa ya vimos que eran descritos por su hábito, "casi pastoril" y de "capote de sayal". Garibay y cualquiera de los aficionados a las etimologías que abundaban entonces en el país, habrían derivado sin dudar el *kapusai* ("capisayo") vasco de ese capote o capa de sayal, si es que no preferían, *more* larramendiano, derivarlo a la inversa. Creo muy probable que el cronista haga aquí una traducción implícita y esté pensando en la palabra que en la lengua autóctona designaba la vestimenta que caracterizaba a sus paisanos del ámbito rural. Pero es seguro, en cualquier caso, que Garibay tenía presente un refrán castellano muy difundido en su época: "Debajo del sayal hay ál", que como otros similares ("Debajo de la mala capa hay buen bebedor", etc.), nos advierte de que las apariencias engañan. El anterior gobernador francés de Fuenterrabía, Monsieur de Luda, lo había comprendido así, muy a costa suya, y procura transmitir en vano su experiencia a Chanfarron, previniéndole de que esos aparentes rústicos eran soldados temibles y "hazían cosas muy señaladas".

Ya hemos visto, por otra parte, cuál era la respuesta de Azcue cuando Chanfarron pregunta a los que estaban a la otra parte del Amute "si había entre ellos algún gentil hombre". Al contestar que "sí había", Azcue no está diciendo que él sea el único "hidalgo", aunque eso es lo que Chanfarron erróneamente entiende. Si Azcue asume el reto es por ser el jefe de la partida, y no porque sus seis compañeros no sean tan hidalgos como él. Por si alguna duda hubiera de ello, bastará recordar cómo resumía Garibay el resultado final del combate: "Fueron muertos en este rencuentro y batalla más de trezientos franceses y presos más de cuatrocientos; con los cuales y con su capitán Chanfarron volvieron estos *hidalgos* triunfantes a Irún". Es decir que hidalgos eran no sólo los siete de la partida de Azcue, sino todos los de Irún, Oyarzun y Rentería que tomaron parte en la batalla; en suma, todas las gentes "de capote de sayal".

Estos hidalgos "disfrazados" o, si se quiere, "ocultos", mostraban ya su peculiar falta de fachada aparente, en su forma de combatir: "a los principios nunca se mostraban en las escaramuças sino dos o tres, pero después se juntaban en breve espacio a centenares". Todo lo contrario de Chanfarron, que anuncia desde el principio sus propósitos de incendiar Irún y sale a plena luz ("a las diez horas antes del medio día"), exhibiendo su ejército a banderas desplegadas ("ordenando el escuadrón"), y colocándose él en el lugar más visible ("... se puso el primero en la avanguardia de su gente").

Al enfrentar a un gentilhomme, que resulta no serlo tanto (o no lo es en absoluto), a unos hidalgos sin hábitos ni otros signos externos de hidalguía, Garibay tenía muy presente la idea de la “hidalguía universal” que ostentaban todos sus paisanos por el hecho de ser naturales de “Vizcaya”, o de la “Cantabria” que incluía, según una concepción histórico-geográfica que tardó aún algún siglo en abandonarse, a los guipuzcoanos.¹⁰ Aunque él mismo advertía que “gentil hombre es lo mesmo que español hidalgo”, ello sólo es cierto en parte. Tal vez *gentilhomme* equivalga conceptualmente a *hidalgo* con toda exactitud (aunque tengo mis dudas), pero no eran desde luego términos idénticos en su extensión. Para un francés de la época hubiera sido sencillamente inconcebible admitir que el estatuto de gentilhomme podía aplicarse “territorialmente”, y ser disfrutado por igual por todos los habitantes de una determinada región; es decir un área en la que serían mayoría, como en cualquier región de Francia, quienes poseían escasos bienes de fortuna. Lo cierto es que en cuanto a las virtudes militares que se suponían anejas a la hidalguía, el texto de Garibay muestra que para el cronista la hidalguía universal de los vascos no era ningún mito (o, en caso de serlo, sería un convenientísimo mito). El primer error de Chanfarron es su ignorancia y, a la vez, su incapacidad de comprender que existían distintos tipos de “gentilhombres”, por lo que vestir de sayal no era incompatible con la calidad de hidalgo. Cuando Garibay dice que Chanfarron traza su plan de ataque “no estimando a los enemigos en *el grado que era razón* [mi cursiva]”, no creo que se refiera simplemente al bajo grado o “cantidad” de su perspicacia militar; le está reprochando, más bien, la incapacidad de reconocer bajo el disfraz el peculiar “ser” (ser hidalgos) de sus enemigos.

2. Conducta individual vs. Acción comunal

Una oposición concomitante con la anterior es la que se establece entre el individualismo a ultranza que preside la conducta de Chanfarron y la actuación colectiva de los naturales de la tierra. El capitán gascón decide por su cuenta atacar Irún, como si de una cuestión personal se tratara, sin atender a la opinión del gobernador en funciones de Fuenterrabía, Mr. de Luda, quien contra su voluntad (y “por no mostrar alguna pusilanimidad”) se ve obligado a colaborar en la empresa, después de verse desautorizado. Ya hemos visto, después, a Chanfarron caminar solo, a la vanguardia del ejército, con su pica al hombro. Cuando se encuentra, a mitad del camino, con un grupo ridículo (en términos numéricos) de enemigos, se desentiende de su objetivo militar y detiene la marcha de sus mil hombres para proponer un combate individual, como si quisiera emular a Carlos el Temerario... o a Don Quijote. Peor aún, fascinado por su rol de caballero andante (con pica), se deja embaucar con los formulismos del desafío mientras da tiempo a que el mucho más “avisado” capitán Azcue pueda dar la alarma en varias leguas a la redonda. Como sentencia Garibay: “Desto [de la conducta ‘exhibicionista’, impropia de un jefe militar] sucedió el daño y perdición de Mosiur de Chanfarron”. No sólo de Chanfarron, porque el mismo Garibay al dar su moraleja final explica que son todos los franceses de Fuenterrabía

(10) El propio Garibay se califica a sí mismo como “de nación Cántabro, vezino de Mondragón, de la Provincia de Guipúzcoa”, en la portada del *Compendio historial*.

los que quedaron “muy quebrantados con tal daño, *resultado de soberbia*”. El daño es de todos, aunque la soberbia le cupiese en exclusiva a Monsieur de Chanfarron.

El historiador guipuzcoano parece haber sido hombre sin el menor atisbo de sentido del humor; y aun así, debe de haberse contenido no poco para dejar de exteriorizar una homofonía que planea por todo el relato: ‘Chanfarron / fanfarrón’. Agradecámosle que no la hiciera explícita y que no aprovecharse un «cabe de a paleta» que otros historiadores coetáneos (por no hablar de un Gauberto Fabricio de Vagad, ya en el s. XV), menos sobrios, no habrían deiado pasar de largo.

En el polo opuesto del modelo negativo ejemplificado por Chanfarron, se sitúa Pérez de Azcue. Tan pronto como barrunta el designio de los franceses, envía un mensajero para llamar a rebato y convocar (“apellidar”) a los de Irún, Oyarzun y Rentería, al interés común: “a la defensa de la tierra y ofensa del enemigo”. Si Azcue adquiere después cierto protagonismo personal en la lid verbal que sostiene con Chanfarron de orilla a orilla del río, ya hemos visto el espléndido uso del impersonal (“sí había”) con que responde al francés. Todo el resto de la conversación es, por parte de Azcue, simple pirotecnia para encandilar la vanidad del Monsiur y ganar tiempo, hasta que “toda la tierra de Irún” —de nuevo una certera forma de designación impersonal o, si se quiere, comunal— “tuvo lugar de poderse juntar”, y llegan Díaz de Rojas y Ambulodi con sus gentes de armas.

El duelo personal, con los rituales arcaicos que tanto complacían al francés y que no tuvo lugar entre Chanfarron y Azcue, se convierte como por ensalmo en una carnicería generalizada, impersonal, de franceses. El capitán de los de la tierra no desperdiciará la ocasión de herir mortalmente a un Chanfarron previamente “ojead”, pero ni siquiera se detiene a cobrar su presa: “sin curar más de él, pasó adelante en el seguimiento de la vitoria”. Y, por supuesto, no corta la cabeza del caído; porque, aunque a Zaldibia le pese, ¿de qué sirve cargar con una cabeza cuando se persigue a todo un ejército en desbandada? Mientras Azcue llega con los suyos hasta las murallas de Fuenterrabía, Chanfarron, tendido en el lodo, agoniza definitivamente solo. Ese “lodo” tiene, desde luego, connotaciones no literales y que no pueden ser más evidentes. Si Garibay hubiera querido jugar aquí la carta del historiador moralista y sentencioso, habría podido muy bien colocarnos un discurso confrontando las respectivas etopeyas de sus personajes. Es lo que hubiera hecho, por ejemplo, el padre Mariana, como lo hizo en otros casos asegurándose su fama póstuma de gran historiador y gran escritor; y, dicho sea de paso, con toda justicia.

Agradecemos a Garibay, por segunda vez, que nos haya ahorrado los discursos, las sentencias y las moralidades porque, otras razones aparte, eran del todo innecesarias. A cambio, nos proporciona como epílogo el relato de las tristes circunstancias en que murió Pérez de Azcue, muy poco después de la victoria sobre Chanfarron en la que tuvo tan decisiva parte:

Era el Capitán Juan Pérez de Azcue tan belicoso que aun de noche procuraba de molestar a los Franceses de Fuenterravía, matando las guardas y centinelas que estaban en las murallas; resultándole del sobrado ánimo la muerte, porque una noche, yendo al fosso de Fuenterravía a semejantes efectos, mandó a un soldado de su compañía, llamado Juan Pérez de Cigarroa, que tirase con la escopeta a un

Francés que hacía guardia en la muralla; y, al tiempo de disparar, con la obscuridad atravesándose el Capitán por delante, le pasó con la bala la cabeza, y murió al punto en el mismo fosso con grande sentimiento de todos. Con el cuerpo muerto venidos a Yrún, fue general la lástima que las gentes hizieron, por la falta que a tal sazón les hacía este valiente Capitán, cuyo cuerpo en el día siguiente fue enterrado en el cimiterio de la Iglesia del mesmo pueblo de Yrún, con la solemnidad devida a semejante hidalgo y Capitán.¹¹

Dejaremos para más adelante el que Chanfarron y Pérez de Azcue compartan el mismo cementerio, y cómo lo comparten. Nos interesa ahora advertir cómo en su muerte Azcue ha sido fiel hasta el fin a lo que, parafraseando a Glinka, podría denominarse “una vida por la tierra”. Porque es el caso que Azcue era natural de la misma Fuenterrabía ocupada ahora por los franceses.¹² Pero aunque, por el deseo de librar de enemigos a su villa natal, tuviera razones personales añadidas para su “belicosidad”, también en el momento de la muerte se aprecia una conducta solidaria con los suyos, comunal. Azcue cede su “presa” a un soldado de su compañía, quizá por considerarlo más diestro en el tiro a distancia o, simplemente, porque sabe que los alardes innecesarios del capitán no tenían por qué redundar en mayor utilidad para el objetivo que se había trazado: “la defensa de la tierra y ofensa del enemigo”. Azcue no vivió para verlo, pero muchos de sus paisanos le recordarían un año y medio más tarde, cuando en marzo de 1524, con el Emperador en persona asistiendo desde Vitoria “a la ordenación de las cosas de esta guerra”, Monsieur de Franget, gobernador francés de Fuenterrabía que había sustituido a Chanfarron, rindió la plaza al Condestable de Castilla.

3. Tiempo acelerado us. tiempo “flexible”

y

4. Desplazamientos en zig-zag vs. desplazamiento lineal

Entre otros haces de ‘isotopías temáticas’ contrapuestas que pueden desvelarse en un relato tan coherente y trabado semánticamente como lo es, a mi juicio, el texto de Garibay, nos interesan en especial las más abstractas. No recurriremos aquí —aunque podría hacerse y hayamos pecado de ello en otras ocasiones—, a representaciones gráficas (grafemas, que a veces no son sino ‘mememas’, ‘majaderemas’; o algo peor, según los bautizó Antonio Carreira hace ya años). Bastará indicar que, en cuanto al manejo o manipulación del tiempo, los protagonistas o ‘actantes’ del relato siguen ritmos radicalmente opuestos. El tempo rápido, o, si se prefiere, apresuramiento irreflexivo, está en la base de toda la actuación de Chanfarron. Llegado a Fuenterrabía un Domingo, profiere ya su juramento de incendiar Irún. Al otro día, Lunes (día fatídico por excelencia en el Folklore y la literatura oral) Chanfarron emprende su

(11) E. de Garibay, *Los XL libros del Compendio historial...*, ed. y vol. cit., p. 537b.

(12) Así lo indicaba ya Zaldibia, y lo corrobora Garibay la primera vez que lo menciona: “En esta sazón se hallavan en Yrún dos Capitanes, que entretenían a la gente de la mesma tierra y de Fuenterravía, la que andava fuera, y de Ojarçun y Rentería y de su comarca, a sueldo del Emperador con cada quatroçientos hombres; y el uno se dezía Juan Pérez de Azcue, vezino y natural de Fuenterravía, de los más animosos y arrisgados Capitanes que en este tiempo havia en la nación Española, que, haviendo desamparado su patria y hazienda, se hallava en servicio de su natural Príncipe”, *Los XL libros del Compendio historial...*, ed. y vol. cit., p. 532a.

expedición de castigo, y es derrotado y herido gravemente. El Martes, al amanecer, muere; y ese mismo día es enterrado. A este Julio Cesar del revés, que puede evocarnos también al corrido mexicano paródico de Pancho López, le han bastado tres días para llegar, ver y morir; y, de paso, frustrar las esperanzas del rey de Francia de consolidar la ocupación de Fuenterrabía. Máximo exponente visual de ese tiempo acelerado será, claro está, la fuga que precede a su herida de muerte, una huida provocada por el espanto, y “a mayor priessa” aún de la que le llevó a la orilla izquierda del Amute.

Frente a ese tiempo unidimensional en su aceleración sostenida hacia el fracaso, Pérez de Azcue y los naturales de la tierra saben alternar distintos ritmos temporales ajustados a lo que en cada momento desean conseguir. De entrada, Azcue es definido por un uso del tiempo “estático”, cuando Garibay nos lo presenta en Mendelo, “atalayando” a Fuenterrabía y “deseando, como otras vezes, hazer alguna presa de los franceses”. Se trata del tiempo lento del cazador, la espera indefinida del que acecha, incompatible con cualquier forma de impaciencia, como la que aquejaba al francés. A continuación, el capitán guipuzcoano tendrá que pasar a acomodarse al ritmo rápido del ejército de Chanfarron y superarlo, incluso, para poder anticiparse y darle frente antes de que cruce el río. Allí, de nuevo, su objetivo será remansar el fluir temporal, hasta detenerlo, en la escena en la que entretiene a Chanfarron mientras a marchas forzadas llegan sus compañeros de armas. Seguidamente nuevo cambio de tercio, porque la persecución o, en términos militares de la época, el “alcance” de los enemigos en fuga, habrá de superar la rapidez con que huyen los franceses, y prueba de que ello es así son los “más de trescientos muertos” y “más de cuatrocientos” prisioneros que los de la tierra hacen en su “seguimiento de la victoria”, hasta llegar a los muros de Fuenterrabía. Y no es este el último cambio de tiempos, pues es fácil suponer que el regreso de Azcue y los suyos desde la plaza enemiga, y sin contrarios que les hostiguen, se hace a una marcha mucho más lenta que la de la persecución. Más lenta aún, y con sus ribetes de solemnidad, será la entrada triunfal en Irún de los “hidalgos” victoriosos, con empaque de tales hidalgos y una impedimenta de prisioneros entre los que figura el máximo jefe enemigo, el malherido Monsieur de Chanfarron.

El último contraste y, en mi opinión, el decisivo, es el que cabe establecer entre los desplazamientos espaciales de unos y otros protagonistas del relato. Los guipuzcoanos de Pérez de Azcue salen de Irún y se sitúan en Mendelo, a la vista y “a distancia de tres tiros de arcabuz” de Fuenterrabía. Retroceden después hasta la mitad, aproximada, del intervalo que separa ambas villas. Ese punto medio, marcado simbólicamente por un riachuelo de escaso caudal, afluente del Bidasoa, es rebasado por Azcue y su partida (“los siete contra Francia”) que se colocan en la orilla derecha, de la parte de Irún. Volverán a continuación a avanzar hasta Fuenterrabía, recorriendo otra vez, pero en sentido inverso, esa media distancia entre las dos poblaciones. Y, por fin, regresarán hasta Irún, completando la distancia máxima posible del universo espacial en que se mueven. En suma, cuatro desplazamientos de avance y retroceso, del todo simétricos (una letra “M” que se curvara sobre sí misma), puesto que los dos

“exteriores”, el primero y el último, además de tener sentido opuesto entre sí contrastan con los dos “centrales”, también en zig-zag, por ser doblemente largos.

Frente a esa variedad y abundancia de movimientos, el espacio en que se mueve el francés no puede ser más simple. Chanfarron se desplaza linealmente, buscando la distancia más corta, en justa homología al tiempo acelerado que guía sus acciones. Sale desde Fuenterrabía en dirección a Irún por la parte llana, “la parte de la ribera”, es decir la cota más baja, “por donde va agora el camino Real”. Ese itinerario rectilíneo —por lo menos idealmente—, tiene una sóla interrupción que resulta ser temporal y no espacial, cuando Chanfarron detiene su marcha para proponer el desafío. Tampoco es significativa la vuelta atrás de la huida, dado que además de ser muy corta, en su caso, tendría lugar sobre la misma línea del camino de venida. Una vez herido de gravedad, quedará tendido en el lodo hasta que regresen los enemigos vencedores, que lo transportarán a Irún siguiendo la misma línea recta que el capitán francés hubiera querido completar en otras circunstancias muy distintas.

Cabría pensar que el traslado del moribundo a Irún equivale en el fondo a la acción de cortar la cabeza del vencido como trofeo, que imaginaba Zaldibia; del mismo modo que “trofeo” múltiple son los cuatrocientos prisioneros que los vencedores llevan consigo. Creo, sin embargo, que es simbólica y cualitativamente muy distinto el que Chanfarron entre todavía vivo en la villa que había prometido, “con juramento”, incendiar. Al margen de la obvia exhibición de la victoria de las milicias de la tierra ante sus paisanos, se da aquí un componente añadido de humillación para el jefe contrario que se había conducido con una soberbia excesiva, y reprobable. Los guipuzcoanos siguen una pauta implícita que podemos ver reiterada en otros ámbitos y otras épocas. Así, cuando el general Ottavio Piccolomini derrota al ejército del mariscal Feuquieres que asediaba, en 1639, la ciudad de Thionville (o Diedenhofen) en Lorena-Luxemburgo, prende al general enemigo, herido también de gravedad, y le hace penetrar en la villa para que “cumpliese la palabra” que había dado a su rey de entrar en la ciudad en pocos días.¹³ Supongo que otros testimonios de tal situación arquetípica de humillación podrían rastrearse desde la antigüedad clásica. Como “arquetípico”, también, resulta ser que los guipuzcoanos hagan a Chanfarron cruzar a posteriori el río que ya no volverá a pasar; el “más allá” de las aguas, aunque se trate de las del Amute, es el otro mundo, el de la muerte del día siguiente y prefigurada ya aquí con el símbolo consagrado por el folklore de todos los pueblos.

Más sorprendente es, no sé si por su refinamiento o por su primitivismo, el episodio final de la historia de Chanfarron. Se recordará que, según concluía Garibay: “Venía Mosiur de Chanfarron mortalmente herido, y así falleció en el día siguiente,

(13) En carta dirigida al Emperador y al Cardenal Infante D. Fernando de Austria, impresa como relación de sucesos, afirmaba Piccolomini: “Li Francesi hanno perduto tutta la loro Infanteria [...] e ne restano prigioni 3.000, oltre da 300 Officiali maggiori e minori, fra quelli é il Generale Fochieres, che fu fatto prigione [...], e poi che era ferito d'una moschetata nel braccio, l'ho fatto mettere in Thionvil, con che ha mantenuto la parola che haveva data al suo Re d'entrare in poco tempo in detta Villa [mi cursiva]”, *Lettera scritta a S. M. Cesarea dal Marescial di Campo Sig. Conte Piccolomini sopra la vittoria da lui ottenuta contro l'esercito Francese sotto Thionville* (Genova: G. M. Farroni & Compagni, 1639). Un texto algo distinto publica G. B. Mannucci, “Il maresciallo Ottavio Piccolomini”, *Bulletino senese di storia patria* XXXV-XXXVI. (1928-29), p. 10.

Martes, al romper del día; y luego con mucha honra fue enterrado solenemente en el cementerio de la Iglesia parroquial del mismo pueblo [de Irún].

En realidad, las prácticas militares de la época —y de cualquier tiempo— establecían la norma de devolver a los suyos los muertos de alto rango caídos en acción de guerra.¹⁴ Lejos de ello, los de Irún se apresuran (“y luego”) a enterrar el cuerpo de Chanfarron en su cementerio parroquial, aunque, eso sí, con toda solemnidad y “con mucha honra”. Pero, ¿honra para quién? Cuesta trabajo creer que la población de Irún honrase sincera y devotamente a quien había jurado incendiar sus casas y fue muerto mientras se disponía a hacerlo. Ciertamente, las “honras” de ese entierro no pudieron ser las mismas que se tributaron un año después a Pérez de Azcue, muerto junto a Fuenterrabía y trasladado *ex profeso* al mismo cementerio de Irún, donde “fue general la lástima que las gentes hizieron” y fue sepultado “con la solemnidad debida a semejante hidalgo y Capitán”. Nada de ello se aplicaba a Chanfarron, y lo que en el caso del defensor de la tierra fue “general lástima”, en el del agresor hubo de ser más bien general alivio y hasta regocijo por verse libres de un enemigo que había dado pruebas notorias de inhumanidad y arrogancia.

Creo, pues, que al apropiarse del cuerpo de Chanfarron y enterrarlo en su cementerio, los de Irún se honran en realidad a sí mismos, al mismo tiempo que asestan a la memoria del caudillo hostil la máxima humillación final, superior aún a la de hacerle ingresar malherido en la villa que quiso y no pudo incendiar. Otras funciones posibles, para el imaginario colectivo, vendrían dadas por el efecto disuasorio que un Chanfarron enterrado en Irún puede tener para otros posibles futuros agresores; o por la calidad de “talisman” que la posesión e “ingestión” (metafórica o literal) de las reliquias del enemigo muerto se ha supuesto que tienen en ciertas concepciones elementales compartidas por varias culturas e individuos poco gratos, desde Atila a la Maffia siciliana y Bokassa I, aunque no sólo por ellos o ellas. Pero mejor será no seguir por esa vía.

La interpretación que queda esbozada se refuerza, en mi opinión, con la evidencia del viejo “cantar vascongado” que —insistamos— Garibay no transcribió. Creo evidente que la fórmula rimada recogida desde Zaldibia a Iztueta debe ser leída en

(14) Esa norma es la que Lope de Isasti intenta, “retrospectivamente”, restaurar cuando afirma que el cuerpo de Chanfarron “se remitió a Irún, a donde se entregó a su mujer e hijos sin rescate alguno”. Isasti escribe en 1625, más de medio siglo después de Zaldibia y Garibay, y su relato es una síntesis de lo escrito por ellos sin que parezca manejar ninguna otra fuente ni, menos aún, testimonios “orales” de cualquier especie. Su narración quiere ser un compromiso entre el combate “de persona a persona” de Zaldibia y la batalla en contexto general, colectivo, en que lo inscribía Garibay, pero la sutura es muy imperfecta: “Éste [Pérez de Azcue] dio una gran cuchillada con Montante a Monsieur de Chanfarron, soldado viejo que vino a gobernar a Fuenterrabía cuando estaba tomada de los franceses, que en compañía de Monsieur de Luda salió de la villa con ochocientos soldados gascones, con intento de quemar el lugar de Irún; y procurando de pasar el vado de Amute, se les opuso el capitán Azcue con su compañía; y se puso en pelea de persona a persona con el Chanfarron, cada uno con su montante, y con un revés que le dio el capitán Azcue, le abrió el cuerpo desde el hombro izquierdo hasta la anca, de que murió al otro día según dice Garibay; y el cuerpo se remitió a Irún, a donde se entregó a su mujer e hijos sin rescate alguno; de donde quedó el cantar bascongado: *Musiur Chanfarron jaun andia, Irungo calean datza illa*” (L. de Isasti, *Compendio historial de la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa* [S. Sebastián: I. R. Baroja, 1850], p. 457). Lo postizo de la parte final se revela en la inconsecuencia de afirmar que “el cuerpo se remitió a Irún”, de lo que no había necesidad ninguna puesto que es allí donde murió el francés. No menos absurdo resulta suponer que la mujer e hijos de Chanfarron se hallaban en Irún, si no se trata de simple torpeza sintáctica. La devolución del cadáver parece a todas luces una invención y racionalización de Isasti, pero de tener algún fundamento se trataría de un hecho posterior y no inmediato a la muerte y enterramiento de Chanfarron en Irún.

clave irónica, según se apuntaba ya en la versión castellana que dábamos al principio. Una interpretación literal de los versos euskéricos daría la impresión de que en ellos se admira (“¡jaun andia!”) o se compadece a Monsieur de Chanfarron. Nada más lejano a la realidad; o, al menos, eso es lo que aquí hemos intentado argumentar.

Restituidos a su contexto, los versos del “epitafio” se revelan como la última humillación, la vejación y ludibrio póstumo que debe sufrir el soldado animoso pero soberbio, además de hijo de un fraile. El cantar nos da en su concisión los únicos datos esenciales para el denuesto final: que Chanfarron ha muerto y que ha sido enterrado dentro de Irún. Por tanto, la variante mejor es la primera: “Irun kalean datza illa”. Aunque Chanfarron haya sido herido de muerte *extra muros* de la villa, lo que se desea resaltar es que yace muerto *intra muros*. No será innecesario recordar que el significado de *Kale* en euskera se traduce muy inexactamente a partir de su étimo latino o castellano: *Callis* o *Calle*. Además de ‘calle’, *Kale* designa genéricamente el ámbito de lo urbano por oposición a lo rural, y vale tanto, pues, como el núcleo de población agrupada,¹⁵ de la misma forma que *Kaletar* califica al hombre de “ciudad” (aunque ello sea en términos muy relativos) por contraste con el campesino o aldeano.

Ahora bien, que esa primera versión sea, a mi juicio, la mejor y preferible, no significa que las otras carezcan de interés. Así, la variante de Isasti y el anónimo *Compendio guipuzcoano* manuscrito, “Irungo kalean datza illa”, no creo que sea del todo equivalente a la anterior, y parece usar *kale* en sentido más próximo al castellano *calle*. Es decir que, más que el enterramiento, se tendría presente un momento previo en el que el cuerpo de Chanfarron es expuesto a la contemplación pública al aire libre, en ‘la calle de Irún’. Un paso más hacia una interpretación en ese mismo sentido lo daría la “amplificación retórica” que recoge Iztueta, “Irun Aranzun datza illic ezarria”, siempre que a *ezarri* además del significado habitual de ‘colocar’, ‘poner’, pueda suponersele el de ‘exponer’, ‘manifestar’.¹⁶ Tal vez sea todo esto aquilatar más de lo posible en matices cuya distinción requeriría conocimientos de la lengua vasca, en su uso vivo y en su diacronía, de los que quien esto escribe carece por completo. Creo, a pesar de ello, que ambas posibilidades de alternancia “existen”,

(15) “*Kale*: Euskal herrietan, elizaren ingurura biltzen diren etxeen multzoa. Anton. Baserri. «Baserrian jaio zen baina aspaldidanik kalean bizi da. Nahiago du kalea baserria baino», I. Sarasola, *Euskal Hiztegi Arauemaila*, III (Donostia): Gipuzkoako Aurrezki Kutxa Probintziala, s. a.).

(16) En contra de esa ‘exposición’ del cuerpo aún insepulto, jugaría la aparición de la misma fórmula (‘illik etzan’) en los cantares de la quema de Mondragón, en donde parecería aludirse claramente al enterramiento de Gómez González de Butrón y sus compañeros (“...*Ez diaço* bacarric, / *çe an daz* Presebal *ylic* / Juanicotegaz lagunduric...”). En versos anteriores se lee “Madalenaan an ey dauça”, y como recuerda un antiguo *Nobiliario*: “Presebal y Juanicote están enterrados en la puerta de la Magdalena de Mondragón”, y se describen sus lápidas (ed. J. C. de Guerra, *RIEV*, III [1909], p. 119). Y sin embargo ello no es tan evidente como parece. Los versos del cantar o cantares de la quema de Mondragón citados al principio seguían: “... *çe an daz* Presebal *ylic* / Juanicotegaz lagunduric / chibuluen ospe bagueric / ez urrun Maloguenic”. Presebal y Juanicot tracen muertos, “sin estruendo de pífanos”, no lejos de Maloguen, en descampado (“y así, según este cantar, fueron muertos estos en un sitio que llaman Malogueno errequea [arroyo de Maloguen]”). Teniendo en cuenta que los versos fueron compuestos por quienes mataron a Don Gómez y los suyos, en conmemoración del triunfo de los gamboínos, ese “yacer” de los muertos sin honras de ninguna clase (“chibuluen ospe bagueric”, como antes “viola tronpeta bague”), parece referirse más bien a una “exposición” ejemplarizante de los cuerpos antes que a un enterramiento definitivo. Así es con seguridad en el caso de Gómez González de Butrón, de quien asegura Garibay que “su cuerpo fue llevado a Vizcaya, y enterrado en San Francisco de Bermeo”. Cf. J. C. de Guerra, “Ilustraciones genealógicas de los linajes bascongados... compuestas por Esteban de Garibay...”, *RIEV*, III (1909), 120.

teóricamente al menos, y que las variantes más recientes del cantar de Chanfarron han desplazado, por tenuemente que sea, su sentido, prefiriendo visualizar una exposición vergonzante del enemigo muerto en lugar de la simple, y más eficaz, afirmación de que éste yace enterrado en el pueblo que quiso destruir.

Todo ello sin perjuicio de que la "versión" de Iztueta nos parezca una pura reescritura novelesca (por decirlo de algún modo), más allá de la amplificación retórica, que afecta no sólo al texto del cantar sino a todo el relato. La narración según Iztueta, en efecto, se convierte en algo similar a la crónica costumbrista de un desafío y partido de pelota decimonónico, donde Pérez de Azcue hace el papel de Perkain o el manco de Villabona. Renuncio a traducir o transcribir completos los pasajes de la *Guipuzcoaco provinciaren Condaira*, porque más que ante la obra de un historiador nos hallamos frente al texto de un cretino, dicho sea con todos los respetos en atención a que se trata de un cretino inofensivo y hasta simpático (por contraste con otros apologetas igualmente etnocéntricos y falsarios, pero mucho menos inofensivos y simpáticos, que han venido después). Es suficiente aquí indicar que la única fuente de Iztueta es un manuscrito tardío de Zaldibia, como se aprecia desde la fechación ("Milla bosteun berroquei ta laugarren urtean...") hasta préstamos literales ("peleatzera arma bardiñaquin ...", etc.); todo el resto son invenciones de la cosecha de un Iztueta ávido de *couleur locale*. Así, los antecedentes y formalidades del desafío:

Monsieur Chanfarron deitzen citzaion Frances zaldun aomen andico bat, bertaco Erresuma osoan aguertzen citzaiozcan contrarittzalle guztiac azpiratzen cituelaco arroturic, etorri zan Irun-Aranzundic Ondarribiara bitarteco iteguiria, nondic ojuz aupadaca adierazten ceban irten cequiola peleatzera arma bardiñaquin Guipuzcoaco Provincian arquitzen zan guizonezcoric errutzueña; ceñari ichorongo cion zortzi egun ondorengoetan toqui berperean. Bañan luzaró egon bearric etzeban izan contrarioaren beguira eta are guichiago Provincia guztian ibilli bearric izandu zan burrucañin oberenaren esque, Chanfarron artulariaren arroqueri andia ishiltzeco...

O el componente "espectacular" que Don Juan Ignacio se saca de su caletre:

Jazarra sonatu au icustera etorritaco Frances samalda andiaz estalia arquitzen zan tellatuetaco gañetic mugara bitarteco mendi guztia ceintzubeç beren Erritar Chanfarron pizcor-eraciric alartu naiean deadarca ishildu ere etziran, alic eta Capitan Juan Perez de Azcue ondarribatarrac ezpatarequin burua arras epaquiric, beren Erraldoi andia lurean cetzala icusi zuten artean. Bañan uste etzuten gertacari au beren beguiatz arguiri icustean, bat batean mututuric buruac macur macur cituztela joan ciran Frantziara, beren cutun maite gudari andia Gipuzcoan utziric...¹⁷

Lo que nos interesa destacar es que la variante del cantar ("*Irun aranzun datza illic ezarria*") es con toda probabilidad invención de Iztueta. Creo del todo imposible que el cantar se haya transmitido oralmente hasta el siglo XIX, y vista la libertad con que Iztueta "completa" a Zaldibia cabe suponer que ningún respeto le detendría a la hora de modificar a su antojo los versos antiguos. Parece, pues, evidente que el mismo énfasis que en el relato pone Iztueta en lo que hemos llamado "espectacular" afecta a

(17) J. I. de Iztueta, *Guipuzcoaco Provinciaren Condaira edo Historia* (Donostia: I.-R. Baroja, 1847), 320-321.

su interpretación del texto del cantar. El “beren beguiatz arguiro icustean” revela que pensaba también ante todo en una exposición ejemplarizante del cuerpo del enemigo muerto.

En cualquier caso, y concluimos, el breve dístico del siglo XVI se nos aparece como un texto menos anodino y trivial de lo que hacían suponer las explicaciones de su primer colector, el bachiller Zaldibia. No es cosa nueva que los textos de la poesía de tradición oral, incluso en los fragmentos más simples, revelen su complejidad y riqueza de significado tan pronto como se los examina de cerca. Lo que merece destacarse es que ese examen sólo es posible, en el ejemplo concreto que nos ha ocupado, gracias a un historiador que nada dice explícitamente del cantar. Un historiador, también, que no siempre fue estimado por su calidad como tal historiador ni por sus dotes literarias. Y sin embargo hay que dar la razón a los escasos buenos catadores de prosa historial, señaladamente Ambrosio de Morales y don Julio Caro, que supieron apreciar en la obra de Esteban de Garibay el único mérito que puede interesar a sus lectores posteriores. A saber: que, con todas las limitaciones e ingenuidades de guipuzcoano y español rancio que se quiera, procurara “certificarse de la realidad de la verdad” y consignara, sin comentarios, datos en apariencia poco relevantes. ¿Qué tiene que ver, para la capacidad de un jefe militar, que Chanfarron sea hijo de fraile? ¿Por qué calificar de “hidalgos triunfantes” a los que entran victoriosos en Irún? Puede ser que Garibay no fuese, después de todo, tan ingenuo; y es seguro que no lo era en absoluto en lo que tocaba a los linajes, generaciones y semblanzas de los que personalmente le interesaban.¹⁸

(18) Este trabajo, en versión algo reducida, aparece en el Homenaje a J. Caro Baroja, editado por los Cuadernos Hispanoamericanos, núms. 533-534. Aunque el autor no sea proclive a duplicaciones o ediciones simultáneas, espera poder contar en este caso con la benevolencia de quienes conozcan la inutilidad de oponerse a los amables, y perentorios, requerimientos de Joseba Lakarra. La duplicidad se suma al hecho de que un resumen oral del mismo trabajo fue expuesto en las III Herri-Literatura Jardunaldiak, organizadas por Euskaltzaindia en Oyarzun, el 29-XII-1994, en homenaje a D. Manuel Lecuona. Junto a recuerdos especialmente gratos que debo a la amabilidad de J. Haritchelhar, J. M. Lekuona, J. M. Satrustegui y Joaquín Berasategui, debí entonces a la amistad de Don Antonio Zavala la fortuna de una rápida exploración *In situ* y de visu del vado de Amute. Según me hizo observar Zavala, la táctica dilatoria utilizada por Pérez Azcue en ese lugar no es ajena, muy probablemente, al conocimiento que el capitán guipuzcoano tenía de las mareas que afectan al Bidasoa en la zona, y convierten el cauce del Amute en más o menos vadeable según las horas. Por su parte, P. Urquizu no descartaba, en su intervención en el coloquio, que la versión dada por Lope de Isati, natural del próximo Lezo, pudiera remitir parcialmente a tradiciones orales que acaso perduraban aún en el s. XVII. En otro terreno, debo remitir al excelente estudio de J. Moya, “Garibay, historiador vasco” que se publica en el mencionado Homenaje a mi maestro Don Julio Caro Baroja.